EL PAÍS extra

28/11/2018

EL PAÍS (EXTRA)

Prensa: OTRAS
Tirada: 218.696
Valoración: 39.207 €

Sección: EDUCACION
Difusión: 164.504

Los estudios han marcado el tejido urbano, cultural y arquitectónico de la ciudad del Tormes, con una riqueza que la diferencia de otras urbes de su tamaño. Por Ignacio Francia

LA EDUCACIÓN SUPERIOR COMO MOTOR ECONÓMICO

Si se trata de establecer la personalidad que define a Salamanca, con los espacios que la configuran, con las circunstancias de su recorrido, con las señas humanas que la han marcado, con las muestras como núcleo vivo, es evidente que no hay discusión: Salamanca es su Universidad. Su personalidad histórica se encuentra marcada por el recorrido de los estudios que se asentaron en este solar a partir del siglo XIII. Es más, si estos estudios no hubieran arraigado, Salamanca hubiera crecido como poblachón con escaso atractivo urbano.

La que nació como la cuarta universidad europea, aparte de la proyección de su producción y tráfico intelectual con el correr de los siglos, también se ha vertido con peso específico en la ciudad que la envuelve. O, más bien, ha sido la universidad la que ha envuelto a la ciudad. Un enorme porcentaje de la actividad salmantina surge y se relaciona con el desarrollo de la institución universitaria. "Creo que la aportación más importante de la universidad a la ciudad de Salamanca ha sido económica y social", señala el catedrático Luis Enrique Rodríguez San Pedro Bezares, historiador de la USAL. "Sin esta institución y sus estudiantes, Salamanca no hubiera pasado de ser una pequeña ciudad provinciana y local como Ciudad Rodrigo".

"La ciudad de Salamanca ha vivido y sigue viviendo económicamente del estímulo de su universidad, desde el siglo XIII hasta nuestros días", prosigue Rodríguez San Pedro. "Sin la universidad y los estudiantes y profesores que estimulan su economía, a la ciudad no le quedaría otra cosa que la especulación inmobiliaria y su reducción a los 40.000 habitantes de Segovia".

El asentamiento de los *Studi Salmantini* supuso una influencia decisiva en la evolución de la ciudad medieval. Paulatinamente, el creciente peso de la universidad contribuyó al aumento de la población y a la activación de la vida económica, al tiempo que el prestigio universitario se traducía visiblemente en la incorporación de edificaciones de importante relieve que superaban el estancamiento arquitectónico en el estilo románico para entrar en la dinámica de las nuevas tendencias constructivas. Las instituciones universitarias, pero también las órdenes y congregaciones religiosas surgidas o llegadas a la urbe al reclamo de las aulas universitarias fueron promotores de llamativos edificios que ya en el siglo XV habían cambiado la cara de Salamanca, en abierta competencia con la Iglesia y la levantisca nobleza local que se había parapetado tras sus torres casi encastilladas.

Una estudiosa del urbanismo salmantino como la catedrática Nieves Rupérez Almajano destaca que la presencia de la universidad "es esencial a la hora de explicar la fundación de la mayoría de los conventos de religiosos, que se establecían como casas de estudio de las respectivas órdenes".

La monumentalidad que se levantó en la ciudad refleja de forma física, como notable símbolo de identificación, la pujanza de lo que representaron los Estudios Generales que alcanzaron reconocida fortaleza. Si bien se mantuvo en general el tejido medieval, la arquitectura urbana se consolidó con grandes edificios renacentistas en el siglo XVI, signo de la gran proyección que alcanzó la universidad, que comenzaba su etapa de máximo esplendor.

Dos símbolos de la ciudad: la Biblioteca Histórica, en el edificio de las Escuelas Mayores, y la tuna, presente en muchas de las Facultades.

Con la universidad, además, Salamanca no solo creció y se encaminó hacia la ciudad de servicios que le ha caracterizado y aún la identifica, sino que se transformó en la ciudad renacentista por excelencia de los reinos españoles, como referencia de como acoger y armonizar en reconocida convivencia otros estilos arquitectónicos. Como apunta el catedrático de Literatura Fernando Rodríguez de la Flor, "el espíritu de los estudios humanistas está tatuado en la geografía urbana de Salamanca de tal manera que la ciudad no puede desprenderse de la carga de su historia". Y alguien que ha entrado de lleno en la entraña de la ciudad, como ha sido el cineasta Basilio Martín Patino, apuntó que "podría decirse que Salamanca es esa idea o esa imagen poderosa, o esa concepción escénica que más que asentar sus personales raíces en un espacio concreto, las ha ido trabando en un tiempo histórico; y que es la huella de ese tiempo lo que la singulariza entre otras ciudades de coordenadas aproximadas". En ese sentido, el realizador aludió a "ese archivo del tiempo que es la ciudad de Salamanca, ese puzle de siglos, toda ella memoria".

Como morador ejerciente que fue de esta ciudad, el escritor Gonzalo Torrente Ballester mantuvo que si bien Salamanca existió antes de la universidad, sin embargo, fue esta "la que le dio brillo y renombre. Todavía hoy, al que va por el mundo con la palabra Salamanca a cuestas, se le reconoce como representante de una sabiduría que pasó, de una reputación que llenó el mundo y empequeñeció por ley natural". Ese rastro de sus estudios y ciencias — que Antonio de Nebrija calificó "como una fortaleza" — permanente durante siglos, se asentó en el pilar al que se refirió el que fue director de la RAE Fernando Lázaro Carreter cuando dejó escrito que "a lo largo del quinientos van creciendo juntas en Salamanca dos renacientes maravillas: su universidad y la lengua española".

Valor simbólico

Al referirse a los elementos que determinan y explican el valor en lo simbólico que ha alcanzado la universidad, el profesor Rodríguez de la Flor destaca el "hecho singular que en ello se produce: el de que la propia ciudad de Salamanca se acoge a una metáfora fundacional que constituye casi su timbre, su leyenda, y que, al cabo, también ha devenido su imagen más característica y peculiar: la de que en ella la vida civil

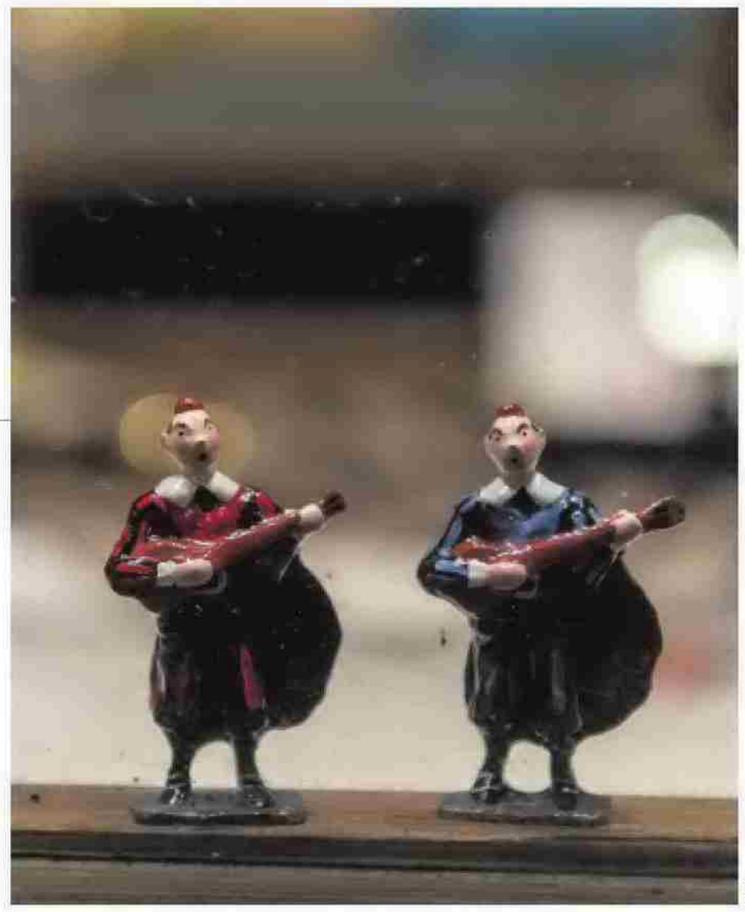
EL PAÍS extra

28/11/2018

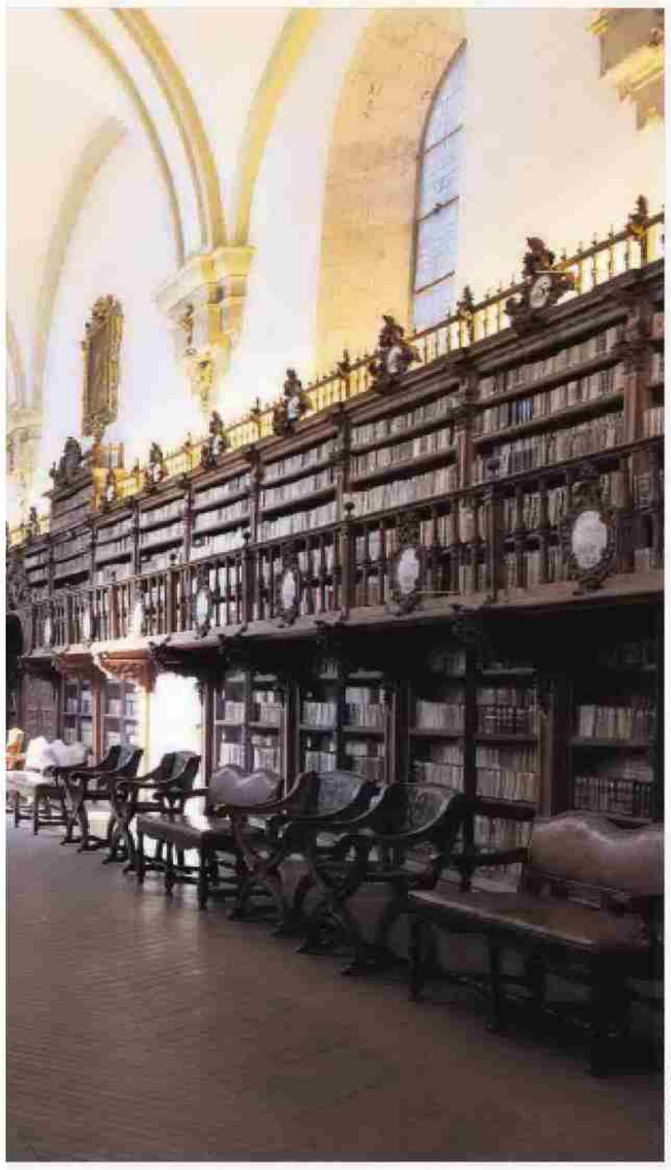
EL PAÍS (EXTRA)

Prensa: OTRAS
Tirada: 218.696
Valoración: 33.340 €

Sección: EDUCACION
Difusión: 164.504



A. A.



ALFREDO ARIAS

crece solo a impulsos de la propia estructura de saber, dependiendo enteramente de la red física de instituciones dedicadas al conocimiento". Y añade que a partir de ese paso, "la creación de la ciudad queda para siempre referida y subordinada al establecimiento en la misma de un potente núcleo donde se depositan los valores de lo que conforma, mirado en su aporte fundamental, un patrimonio inmaterial: el que en adelante signa la existencia de una universidad famosa, que, en realidad, ha terminado por "crear" una ciudad como escenario propio en cuanto plataforma o *theatrum* de su visibilidad histórica".

Esos fueron también los tiempos de una de las páginas más memorables de la universidad salmantina: la dedicación hacia la América recién descubierta. Su papel en la aportación de referencias jurídicas e intelectuales es bien conocida que se vertieron en el Derecho de Gentes (el precursor del Derecho Internacional) que se generó en sus aulas y en la creación de universidades americanas sobre la base de sus propios estatutos. Y el correr de los días cuajó esas mismas aulas con alumnos llegados desde las tierras iberoamericanas, que siempre han dejado rastro en la ciudad. (En ese sentido, aún permanece la memoria de los estudiantes americanos, entre los años cincuenta y setenta del pasado siglo, por su amplia presencia, su capacidad económica y sus peculiares formas de acomodarse —o no— a la vida ciudadana). En los últimos tiempos Salamanca ha buscado consolidarse como punto de referencia para el diálogo iberoamericano, y el trasiego de profesores y alumnos de grados es creciente.

Cuando la universidad entró en un periodo de decadencia en los siglos XVIII y XIX, la ciudad acusó abiertamente la situación de depresión universitaria, y su población cayó a los 19.000 habitantes. No obstante, en la década de 1870 en Salamanca se alzó una especie de rebullicio intelectual con los focos de la Ilustración abriendo camino al primer liberalismo, tiempo bastante olvidado hasta que recientemente se han aportado estudios bien razonados en torno a esa relevancia intelectual. Al frente de esos estudios ha figurado el catedrático de Historia Económica Ricardo Robledo, que señala que "sin la Escuela Moderna de Salamanca de fines del siglo XVIII, es decir, sin el grupo renovador formado por Cadalso, Bartolomé Gallardo, Meléndez Valdés, Miguel Martel, Muñoz Torrero, Toribio Núñez, Quintana, Ramón Salas... sería incomprensible la génesis del liberalismo en España.

Pero también cómo entraron y se difundieron las nuevas corrientes de filosofía, derecho, política y economía que configuran el pensamiento moderno. Esta difusión no se quedó en Salamanca o España, sino también en América Latina. La influencia y tutela prolongada de Jovellanos fue la que dio fortaleza a la Escuela Moderna de Salamanca. En suma, el grupo renovador salmantino resulta clave para comprender la trabajosa implantación del liberalismo español en la política y en la Universidad, y no es extraño que varios de los nombrados acabaran en la cárcel o en el exilio". En esa etapa de gentes que en su mayoría después formaron parte de las Cortes de Cádiz, fue cuando Ramón Salas —que cayó en las garras de la Inquisición— se empeñó en establecer en 1789 los primeros estudios de economía en una universidad española.

La ciudadanía salva a la institución

Las consecuencias de la guerra de la Independencia y la innoble injerencia del reinado de Fernando VII —en venganza por las posiciones liberales— dejaron a la Universidad muy reducida en sus estructuras y dotación intelectual, hasta el punto de que al comienzo del siglo XX —precisamente con la llegada de Miguel de Unamuno al rectorado— la Universidad había decaído hacia una caricatura de una institución con energía docente, únicamente con dos "Facultades libres" (Letras y Derecho) y dos subvencionadas por instituciones salmantinas, Medicina y Ciencias, en riesgo permanente de desaparecer. Pero esa penuria y hasta miseria tuvo una virtud escasamente salmantina: la ciudad se arremolinó en un movimiento solidario de apoyo a la institución universitaria y se vivieron días de reivindicación y exigencia.

Alzada desde su pobre osamenta, recubierta de nuevo de encarnadura intelectual notable con Unamuno y su entorno, tras el bache de la Guerra Civil, en los años cincuenta se lograron superar tiempos oscuros con una Facultad de Letras de reconocido relieve (Antonio Tovar, Alonso Zamora Vicente, Emilio Alarcos, Miguel Artola, Manuel Díaz, Fernando Lázaro Carreter, Martín Ruipérez, Ángel Cabo, Francisco Jordá, Luis Michelena..., y alumnos como Carmen Martín Gaite, Luis Martín-Santos, Ignacio Aldecoa, Agustín García Calvo, Basilio Martín Patino, Luciano G. Egido..., y, en la vecina Facultad de Derecho, Enrique Tierno Galván, Joaquín Ruiz Jiménez, Antón Oneca...).

Pero fue una época, precisamente por oscura, en la que faltó la permeabilidad entre la universidad y "la ciudad", con una distancia en la que entre la ciudadanía se carecía de la conciencia de que si esa ciudad seguía funcionando con un cierto grado de vitalidad era como consecuencia de las aulas universitarias. Quizá volvió a tomarse conciencia de lo que aportaba la universidad cuando paulatinamente brotó un moderno y amplio campus universitario, con el nombre de Miguel de Unamuno, en terrenos marginales de la orilla de la urbe. Surgió un espacio nuevo y diferente para el núcleo urbano, que rompió el corsé de una institución encogida en torno a la plaza de Anaya y algún islote suelto. Sin ese campus, la universidad se habría ahogado en su dogal céntrico y la ciudad se habría quedado sin una aportación de modernidad con centros de investigación puntera y facultades capaces de acoger miles de alumnos.

Y la ciudad de Salamanca tampoco hubiera sido la misma en tiempos aún oscuros sin los entonces denominados Cursos de Verano, hoy Internacionales, para extranjeros. Aparte de los terrenos académicos, los miles de jóvenes que fueron turnándose cada verano a los que alquilar habitaciones, consumir en los bares, el ambiente bullente que se generó, aportaron a Salamanca muchas situaciones de modernización en lo económico y, llamativamente, en las costumbres, de modo que se advirtió un salto que diferenció a la ciudad de las de su entorno. Se advirtió el cambio en las costumbres y en la moralidad, y sobre todo, aumentó mucho la apertura de mente. Se apreció una ruptura con el monolitismo que se arrastraba, aunque no faltó el recelo e incluso el rechazo de sectores conservadores donde aún todavía contaba con peso la tradición y la fuerte influencia religiosa.

Y recreado por ese ambiente de libertad, rebulicio y frescura, fue cuando Francisco Umbral proclamó en las páginas de este diario que Salamanca era "la Ibiza de secarral". Hoy, aquellos extranjeros han dejado cortos a los que habitualmente pueblan aulas y calles, por el atractivo que arrastra Salamanca para los alumnos de Erasmus, tanto por las posiciones punteras en las enseñanzas de lengua española como por la entidad que han cobrado los estudios de otras facultades.

Desde luego, además de haber aportado "bellísimo conjunto escénico, universo simbólico de los saberes humanistas", la universidad es la "gran empresa de Salamanca".

La competencia por el prestigio entre las órdenes religiosas impulsó la arquitectura renacentista

Las guerras napoleónicas y el reinado de Fernando VII llevaron la decadencia a la ciudad en el siglo XIX

El renacer del pasado siglo trajo una apertura de costumbres, la "Ibiza de secarral" que llamó Umbral